



San José

Día del Seminario 2010

“No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?”

Con estas palabras anunció Dios al pueblo de Israel en el libro de Isaías una nueva intervención en su favor más importante que las realizadas en tiempos pasados al liberarle de la esclavitud en Egipto y hacerle atravesar a pié seco por el mar. Estos hechos centrales en la memoria de Israel van a quedar en segundo plano en comparación con lo nuevo que Dios anuncia como algo ya iniciado, que está brotando y que debe aprender a ver *“este pueblo que tiene ojos pero está ciego, que tiene oídos pero está sordo”*. (Is 43,8).

El Señor va a intentar de nuevo abrir los ojos y los oídos de su pueblo metiendo su palabra y su espíritu de vida en el corazón de los hijos. (cf Jer 31, 31- 34; Ez 36, 24-28). El Señor quiere iniciar con su pueblo una relación nueva de alianza en el espíritu, que le lleve a anhelar la conversión del corazón y la experiencia interior de la reconciliación con Dios; es decir, que le haga sentir una experiencia radical de liberación, que va más allá de la interpretación socioreligiosa y política, que Israel ha dado al antiguo éxodo de Egipto y tiene el peligro de dar a su iniciada salida de Babilonia.

Para este fin, Isaías recuerda al pueblo esta palabra de Dios: Yo soy el que te creó, te he rescatado, te he llamado por tu nombre y eres mío. No temas, yo estaré contigo. Porque yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; tú vales mucho para mí, eres valioso y yo te amo. (cf Is 43, 1-4). *“Yo; yo soy el Señor; fuera de mi no hay Salvador. Yo lo anuncié, os salvé y lo proclamé... vosotros sois mis testigos... y mis siervos, a quienes yo elegí; para que conocierais y creyerais y comprendierais que yo soy Dios”* (Is 43, 10-12).

La liberación de la esclavitud de Egipto y la actual liberación del destierro en Babilonia (cf Is 43, 14) no habían sido suficientes todavía para que Israel llegara a conocer a Dios y a amarle, glorificándole con un culto en espíritu y en verdad y siendo testigo de su santidad ante los pueblos. Por ello, Dios lanza al pueblo su reproche, diciéndole: *“a mi pueblo, a mi elegido, al pueblo que yo constituí para que proclamara mi alabanza”* (Is 43, 20-21): *“tú no me has invocado..., porque te cansaste de mí, Israel”* (Is 43, 22). *“Al contrario, me has agobiado con tus pecados y me has cansado con tus culpas”* (Is 43, 24).



Carlos López Hernández

No obstante, Dios les reitera de nuevo su misericordia: *“Soy yo, sólo yo, quien por mi cuenta borro tus culpas y dejo de recordar tus pecados”* (Is 43, 25). Y les asegura de nuevo su bendición: *“No temas,.. Israel, a quien yo elegí; yo derramaré agua sobre lo sediento, arroyos en la tierra ardiente; derramaré mi espíritu sobre tu stirpe, mi bendición sobre tu descendencia, y crecerán como hierba junto al agua, como chopos a la vera de los ríos”* (Is 44, 2-4; cf 43, 20,21).

El profeta es así testigo de la misericordia de Dios, que perdona el pecado de su pueblo elegido, y le promete una nueva liberación y una profunda reconciliación.

Igual que Isaías, el apóstol Pablo nos exhorta a dirigir la mirada con esperanza a lo que está por delante. Estas son sus palabras: *“Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba me llama en Cristo Jesús”*

Lo que está por detrás es su vida pasada en el judaísmo, que él está orgulloso de haber perdido, pues toda ella carece de valor, en comparación con el conocimiento de Cristo.

La meta que está por delante es la carrera para alcanzar el premio que Cristo ha obtenido para él: la justicia que viene de la fe en Cristo. *“Para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección”*, Pablo anhela *“la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos.”* Esta es la meta y el premio, al que Pablo se siente llamado por Dios desde arriba en Cristo Jesús.

Esta vocación es recordada por Pablo en la primera carta a su discípulo Timoteo; por ella da gracias a Dios con estas palabras: *“Doy gracias a nuestro Señor Jesucristo, que me ha fortalecido, porque me ha juzgado digno de confianza al encomendarme el ministerio. A mi, que primero fui blasfemo, perseguidor y violento, y que hallé misericordia, porque lo hacía por ignorancia estando fuera de la fe. Pero la gracia de nuestro Señor Jesucristo se ha desbordado con la fe y el amor que me ha dado Cristo Jesús. Es segura esta doctrina y debe aceptarse sin reservas: Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Precisamente por eso Dios me ha tratado con misericordia, y Jesucristo ha mostrado en mi, el primero, toda su generosidad, de modo que yo sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener la vida eterna”* (1 Tim 1, 12-17).

Pablo, en quien Dios ha mostrado su misericordia, ha recibido el ministerio de la reconciliación. Así lo describe él mismo: *“Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación.”* (2 Cor 5, 18-19).



Jesús es el testigo fiel del Padre misericordioso, con su palabra y con sus obras. Así nos lo muestra el Evangelio de Juan, en el relato hoy leído. A los acusadores de la mujer sorprendida en adulterio, Jesús les ayuda a reconocer que no están libres de pecado y, por ello, no están autorizados para lanzar sus piedras a la mujer acusada en conformidad con lo prescrito en la Ley de Moisés. A la mujer adúltera le dirige estas consoladoras palabras: *“Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha acusado?... Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más”*.

Superando la justicia de la ley de Moisés, Jesús nos muestra la misericordia como camino de vida dichosa de sus discípulos: *“Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos”*. (Mt 5,7). Por ello nos manda: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”* (Lc 6, 36).

Jesús, el Hijo único, es el don del Padre, en el que ha mostrado su amor al mundo (cf Jn 3,16). En efecto, *“Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a dar la vida junto con Cristo – ¡por pura gracia estáis salvados!-, nos resucitó y nos sentó junto con él en el cielo”* (Ef 2, 4-6).

La misericordia se manifiesta así como el amor fiel de Dios, que perdona el pecado del hombre y le configura de nuevo a imagen de su Hijo. La Iglesia vive de la actualización permanente de la entrega del cuerpo de Cristo y de su sangre derramada para el perdón de los pecados. **En la eucaristía reconoce la Iglesia la fuente de la misericordia y de ella vive.** En el evangelio, en la eucaristía y la penitencia, y en la caridad pastoral encuentra la fuente y el cauce de su ministerio el **sacerdote, testigo de la misericordia de Dios** para el hombre en el mundo de hoy.

Para acoger la llamada a este ministerio de la misericordia es necesario vivir la experiencia personal de la misericordia de Dios, como la confiesa san Pablo: *“Vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20). Sólo quien tiene una experiencia intensa de la misericordia de Dios con él, ha comprendido el amor de Dios y tiene capacidad para ser llamado al sacerdocio ministerial y llegar a aprender y vivir la caridad pastoral; **sólo el que se goza del perdón recibido, sabe comprender y valorar el sentido de una vida dedicada a perdonar los pecados de los hermanos;** sólo quien siente el dolor de no haber amado a Dios como él nos ama, tiene como máximo anhelo alcanzar el amor que salva y libera absolutamente, y encuentra su plena dicha en ofrecer la vida al Señor como testigo e instrumento de su misericordia para los demás.

La promoción de las vocaciones sacerdotales requiere la tarea previa o simultánea de edificar familias y comunidades eclesiales que vivan gozosamente la experiencia de la misericordia de Dios, recibida en el sacramento de la penitencia, y que den testimonio de ella. Todos estamos llamados a implicar nuestra vida en esta tarea y a confiarla en oración perseverante al Padre, cuya misericordia es eterna y todopoderosa. Que él siga enviando a su Iglesia sacerdotes testigos de su misericordia.